



# Esta noche se lo va a leer

**Regreso de** comer en el espectacular chulé que tiene mi amigo **Santiago Sanz-Pastor** en Somosaguas, donde he sido convocado junto a otros tres “fundadores” —**Miguel Ángel Estramiana**, **Santiago Bazarra** (ambos abogados) y **José María del Río** (grafólogo)— para diseñar y poner en marcha un proyecto sutil y hermoso, en el que está empeñado Sanz-Pastor y cuyo objetivo final es la búsqueda de la felicidad. La sobremesa ha sido larga, como sucede siempre cuando en una reunión todos los conversadores son interesantes, y son casi las siete cuando llego a casa, pero telefono a **Lorenzo Rodríguez Garrido**, *Lorenzo el Joven*, porque también tengo pendientes algunos proyectos con él, y además hace tiempo que no nos citamos para charlar, el placer de charlar por charlar. “A las nueve en el Parnasillo Café”. “Perfecto”. Cuando llego él ya está allí, con un libro entre las manos, sentado en la primera mesa a la derecha del café. **Lorenzo el Joven**, como Radclif el personaje de **Ricardo Piglia**, siempre consigue que sus interlocutores nos sintamos un poco mejores de lo que realmente somos. Escucha con interés, se expresa con auténtica libertad y dialogar con él produce el mismo efecto que leer una buena novela o ver una película de calidad e inédita.

Estamos en el Parnasillo, maquinando pero no conspirando, y le entrego —le regalo— un ejemplar del libro que nunca regalo a



Así es África para un hombre occidental, durísima y deliciosa, como las ‘Pequeñas historias africanas’

nadie, solo vendo, y del que acabo de pedir la cuarta edición (en la que doblo el número de ejemplares de las anteriores): *Pequeñas historias africanas*. Es magnífico ver como lo voltea entre sus manos, abre, cierra, huele, aleja, acerca, lee una frase, busca un detalle, toca el papel, descifra el colofón, y finalmente lo deja sobre la mesa para recuperar la distancia. “Muy bonito, precioso.

Me encanta”, dictamina. Entonces la mano derecha vuela como un águila hacia la mesa y el pico que forman los dedos índice y pulgar atrapa el libro, lo eleva hasta la altura de sus ojos y me desafía o más bien se desafía a sí mismo: “Esta noche me lo voy a leer”. Sonríe, me parece bien, aunque al mismo tiempo me da igual, nada buscaba al hacerle el regalo, solo la satisfacción de hacérselo. “Mañana te llamo para decirte lo que me ha parecido”.

Cuando llega mañana en ningún momento me acuerdo de su promesa o desafío, y por eso me sorprende cuando exactamente a las dos y cincuenta y cuatro de la noche me llega un *sms* suyo, con el veredicto, el más exacto que nunca he tenido el libro en ninguna de sus tres vidas en editoriales distintas. “Perdona que no te haya llamado, pero he tenido un día de mucho ajeteo. Me parecen unos cuentos deliciosos aunque sean muy duros”.

Ese era el juego, conseguir que a pesar de la dureza fuese delicioso leer el libro, porque así es África para un hombre occidental, durísima y deliciosa. Todos los lectores, ya muchos, que han tenido el libro así lo han experimentado y sentido, pero solo *Lorenzo el Joven* ha sido capaz de esa frase impecable y trazada a cuchillo: “unos cuentos deliciosos aunque sean muy duros”.

Desde aquí agradezco su existencia, y desde aquí lo felicito. ■

[www.javierpuebla.com](http://www.javierpuebla.com)